

Memoria caribeña: cartografía de Antigua con voz de mujer

Caribbean Memory: Antigua's Cartography with Women's Voice

Memória Caribenha: cartografia de Antigua com voz de mulher

Violeta Mancera Murcia

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA, BOGOTÁ

Candidata a Magíster en Literatura, Profesional en Estudios literarios de la Universidad Pontificia Javeriana. Bailarina profesional especializada en la dirección de grupos de danza de diferentes edades y con condiciones socioeconómicas en conflicto. Trabaja como coreógrafa y pedagoga, y está vinculada a compañías de danza en Bogotá que producen espectáculos de danza-teatro para medios artísticos, comerciales y de comunicación. Hace parte de la línea de investigación GCaribe: pensamiento, cultura y literatura, enfocada en el estudio poscolonial de las problemáticas culturales, socioeconómicas y políticas de Latinoamérica y el Caribe. Correo electrónico: violetademilcolores@hotmail.com

Este artículo ha sido elaborado en el marco del trabajo de tesis sobre las novelas *Annie John* y *Autobiografía de mi madre*, de Jamaica Kincaid, para la Maestría de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

SICI: 0122-8102(201112)15:30<41:MCCAHM>2.0.TX;2-T

Resumen

La mujer escritora y la mujer narrada reposicionan un contra discurso en la literatura antillana de Jamaica Kincaid, que reinterpreta códigos y categorizaciones oficializados por el Imperio europeo y el sistema patriarcal. Es un engranaje de literatura-pensamiento que en clave femenina recuenta historia y memoria caribeña. Kincaid construye un universo en el que Annie John, su protagonista con voz, memoria y cuerpo propios, deconstruye las categorías de raza, género y lengua impuestas por los imperios culturales y económicos no solo resignificando las relaciones entre los sujetos sino reposicionando nuevos lugares de enunciación para el sujeto femenino y antillano. La novela y contra discurso *Annie John* (1985) desplaza y resitúa las temáticas-problemáticas de la colonización, desarticulando lo Oficial, lo Universal y lo Occidental y articulando lo no-oficial, lo local y lo antillano-caribeño.

Palabras clave: Jamaica Kincaid, Édouard Glissant, Antigua, poscolonialidad, estudios culturales, literatura-pensamiento, vestido-cuerpo femenino

Palabras descriptor: Kincaid, Jamaica, 1949, crítica e interpretación, mujeres en la literatura, historia, Antigua y Barbuda, siglo XX

Abstract

Writer woman and narrated woman in the literature by Jamaica Kincaid state a counter-discourse that reinterprets codes and categories oficialized by European empires and the patriarchal system. It is a compound thought-literature that re-counts Caribbean history and memory in feminine terms. Kincaid creates a universe where Annie John, the novel's protagonist, using her own voice, memory and body, deconstructs categories of race, gender and language, imposed by cultural and economic empires. By doing this, not only are relations between subjects reconsidered, but new elocution locii are invented for the feminine caribbean subject. *Annie John* (1985), novel-thought, shifts themes and problems related to colonization such as the Official, the Universal and the West, and articulates instead the non-official, the local and the Caribbean-Antillean.

Key words: Jamaica Kincaid, Édouard Glissant, Postcoloniality, Cultural Studies, literature-thought, dress and female body

Keywords plus: Kincaid, Jamaica, 1949, Criticism and interpretation, Women in literature, History, Antigua and Barbuda, 20th Century

Resumo

A mulher escritora e a mulher narrada reposicionam um contradiscurso na literatura antilhana de Jamaica Kincaid que reinterpreta os códigos e categorizações oficializados pelo Império europeu e o sistema patriarcal. Engrenagem de literatura-pensamento que, em perspectiva feminina reconta a história e a memória caribenhas. Kincaid constrói um universo no qual Annie John, a sua protagonista com voz, memória e corpo próprios, desconstrói as categorias de raça, gênero e língua impostas pelos impérios culturais e econômicos resignificando não só as relações entre os sujeitos, mas reposicionando novos lugares de enunciação para o sujeito feminino e antilhano. O romance e contradiscurso *Annie John* (1985) desloca e resitua as temáticas-problemáticas da colonização, desarticulando o Oficial, o Universal e o Ocidental e articulando o não-oficial, o local e o antilhano-caribenho.

Palavras-chave: Jamaica Kincaid, Édouard Glissant, Antigua, pós-colonialidade, estudos culturais, literatura-pensamento, vestido-cuerpo feminino

Palavras-chave descritores: Kincaid, Jamaica, 1949, crítica e interpretação, mulheres na literatura, história, Antigua e Barbuda, século XX

RECIBIDO: 6 DE MARZO DE 2011. EVALUADO: 23 DE MAYO DE 2011. ACEPTADO: 10 DE OCTUBRE DE 2011

Historia, historia y literatura

Los diferentes mecanismos de poder, agenciados por los grandes imperios económicos y culturales, construyeron una estructura que a lo largo de los siglos ha delineado centros y márgenes entre los que se han movido pueblos y personas afectadas por sus dictámenes. Así, por ejemplo, los grandes movimientos de colonización y neocolonización han marcado a gran parte de los pueblos del mundo imponiéndoles formas de gobierno, educación, economía y manifestaciones de expresión y de pensamiento que se han convertido en cánones que perduran y que terminan por normalizar los designios del imperialismo. Su legitimación, la del poder de los imperios económicos y culturales, se ha auspiciado bajo el título de lo “Oficial”. Sin embargo, ante la concatenación de la Historia Oficial, que ha pretendido la uniformidad de identidades que atienden a los mismos intereses, la pregunta y el rescate de las historias chiquitas (historias desdibujadas por la Oficial) se convierten en búsquedas fundamentales para la ilación de otras memorias, razas, territorios, lenguas.

La decodificación de discursos que ahora cuestionan con voces nuevas y diferentes a las que provienen de los centros y las metrópolis permite emprender caminos distintos de interpretación que generen otras y nuevas formas de repensarse, que combatan el uso de una hegemonía uniformadora y centralizadora para dar vía a nuevos discursos nacidos de las márgenes y los litorales. Estos nuevos discursos, o contra discursos, construyen pensamientos descolonizados y descolonizadores que articulan las temáticas-problemáticas de raza, lengua, clase, género, configurando un poder político, y por ende contestatario, para los pueblos y gentes marcados por estos procesos pero cuyos pensamientos, arte, cultura, memorias, historias, literaturas... se buscan y se enuncian como descolonizados y descolonizadores, pues repensar desde estas temáticas o líneas de análisis es asumir desplazamientos de discurso que cuestionan las relaciones de poder y las formas de pensarse en el mundo, a su vez que reposicionan lo local sobre lo universal.

Ahora bien, dentro de estas temáticas, la pregunta por la reconstrucción del sujeto femenino (y del sujeto femenino negro) cobra una vital importancia ya que es sujeto doblemente colonizado: supeditado a la colonización imperialista y a la colonización del sistema patriarcal, incluso habría una tercera colonización desde la supeditación racial. Así, asistir a la reconstrucción del sujeto femenino antillano-caribeño representado en la obra literaria es también asistir a la producción de un pensamiento descolonizador; ambas vertientes, lo descolonizador y lo femenino negro, hacen parte de las líneas de investigación de los llamados estudios poscoloniales. Se refiere el término poscolonial de acuerdo al texto *The*

Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures, en cuya introducción lo definen como aquel que “cubre todas las culturas afectadas por el proceso imperial desde el momento de la colonización hasta nuestros días. Y esto, porque hay una continuidad de preocupaciones a través del proceso histórico iniciado por la agresión imperial europea” (Ashcroft, 2, traducción mía). Así pues, el término poscolonial es aplicado para comprender la dominación durante y después del dominio imperial europeo, y cómo los efectos que esto genera, se perciben, traslucen y tematizan en literaturas contemporáneas.

Pienso entonces en Jamaica Kincaid y su novela *Annie John* como una posibilidad para asistir a la reconstrucción del sujeto femenino caribeño pero también de rastrear la construcción de un pensamiento descolonizador, de un contra discurso femenino negro desde la literatura y en voz femenina; este acercamiento implica no solo rastrear ese sujeto plasmado en la obra literaria, sino repensar también la condición de Kincaid como mujer escritora antillana porque articula pensamiento descolonizador: pensamiento que ya no se concibe como subordinado del conocimiento (también de la lengua y territorio) autorizado por las grandes potencias culturales y económicas, porque construye desde la literatura (e incluso desde una lengua metropolitana), una voz política y crítica que deconstruye lo legitimado por el poder patriarcal, imperial y por los cánones estipulados por el feminismo tradicional.

La obra de Jamaica Kincaid, para algunos conocida y para otros aún no, aunque en algunas ocasiones ha sido catalogada como estadounidense, aferra sus asuntos a Antigua, a la cartografía de las islas y personas que habitan las Antillas menores; y una cartografía que también la involucra a ella como mujer negra antillana y como mujer política que reflexiona desde la literatura las problemáticas de centro y periferia, imperio y colonia, siendo su condición la de escritora desde la diáspora, en sí misma una problemática inscrita en estos debates.

Sobre Jamaica Kincaid

Elaine Cynthia Potter Richardson (su nombre de pila) nació el 25 de mayo de 1949 en Saint John, capital de Antigua y Barbuda, colonia británica hasta 1967. Potter Richardson vivió con su madre y su padrastro hasta 1965, año en que terminó su educación secundaria según el modelo británico y, de diecisiete años, se fue a Nueva York donde empezó a trabajar como *au pair*. Luego, tras dejar a la familia para la que trabajaba, comenzó a estudiar fotografía, a escribir artículos para revistas y posteriormente (hasta hoy) trabajará como profesora visitante en la Universidad de Harvard donde dicta Literatura Creativa. En 1973, tras la desaprobación de su familia por su labor como escritora, cambió su nombre a

Jamaica Kincaid. Cuentos, novelas, artículos, ensayos y un film hacen parte de su obra: “Girl” cuento (1978, en *The New Yorker*), *At the Bottom of the River* (1983), *Annie John* (1985), *A Small Place* (1988), *Annie, Gwen, Lilly, Pam, and Tulip* (1989), *Lucy* (1990), *Biography of a Dress* (1990), “On Seeing England for the First Time”, ensayo (1991, en *Harper’s Magazine*), *The Autobiography of My Mother* (1995), *My Brother* (1997), *My Favorite Plant: Writers and Gardeners on the Plants they Love* (editora, 1998), *My Garden Book* (1999), *Talk Stories* (2000), *Mr. Potter* (2002), *Among Flowers: A Walk in the Himalayas* (2005), *Figures in the Distance, Life and Debt* (documental, 2001). Traducidos al español solo *Annie John*, *Autobiografía de mi madre* y *Mi hermano*.

Antigua desde la memoria y voz de una mujer negra

Annie John, escrita desde la diáspora en 1985, es una novela con voz de mujer. Allí, una mujer cuenta su memoria desde los primeros recuerdos que marcan su existencia hasta el momento en que llega al malecón de su isla, del que partirá para Inglaterra en un viaje sin regreso. Esta novela de formación, o de deformación¹, delinea una experiencia individual que puede ser también experiencia colectiva antillana en tanto que matiza o bordea lo que podrían ser problemáticas comunes, experiencias comunes que exploran las consecuencias por los encuentros, choques y fracturas entre la metrópoli y la periferia, el imperio y la colonia.

Cuando Annie John –la niña protagonista– inicia el recorrido por su memoria, lectoras y lectores empezamos a asistir a la exploración de lo íntimo. Su ser-niña, ser-adolescente y ser-adulta se construyen como una historia que contesta a la Historia Oficial²; su historia es también la de una isla, pues juntas, tierra y mujer, se construyen desde asociaciones y disociaciones con un mundo que ha sido atravesado y marcado por procesos de colonización y neocolonización.

En las líneas siguientes voy a explorar el modo en que la relación de Annie

1 Retomo aquí la idea de novela de deformación según Valle, Mónica. “Barrancos del alba: sobre el escritor créole en clave de jabao”. Universidad de Cartagena, II Conferencia Internacional en Estudios Caribeños, 15-19 marzo de 2010.

2 Edouard Glissant, en *El discurso antillano*, entronca la literatura y la historia en tanto que ambas son “relación detallada de una relación colectiva de los hombres con su entorno” (183); así, al pensar en las historias de los pueblos colonizados por Occidente, habla de la Historia Oficial como la historia que ha sido aceptada por las élites pero cuya aceptación por parte de los pueblos ha servido como respuesta y anulación de esas historias que entonces se encontrarían descentradas de la Oficial. Refiere esa imposición de la Historia Oficial como “la intención de imponer [un] tiempo histórico, que sería el de Occidente” (215) y por lo tanto “Luchar contra lo Uno de la Historia, por la Relación de las historias, quizás sea recuperar a la vez nuestro tiempo verdadero y nuestra identidad: plantear en términos inéditos el tema del poder” (217).

John, una niña de Antigua, con su madre y con el personal de la escuela donde estudia, pasa por tres fases que corresponden a las fases de una historia colonial contestada: una fase de mimetismo, una fase de ruptura con la metrópoli y sus abusos y una fase de reconocimiento doloroso de sí misma en oposición al otro y a la metrópoli.

De mujer a mujer

Por medio de la evocación, Annie vuelve al tiempo de su infancia, al momento en el que tiene cuatro años y vive con su madre y su padre carpintero. Se evidencia un deseo de ser y estar como su madre; su transcurrir está en comunión con la cotidianidad de la madre, a quien admira y de quien le vienen los primeros descubrimientos de su realidad. Así, la vemos aprendiendo de las labores y conocimientos de su madre, mujer de Antigua. “Mientras mi madre pasaba de una cacerola a otra, revolviendo aquí, añadiendo algo allí, yo le pisaba los talones. Cuando metía la cuchara en una cosa u otra para comprobar si estaba correctamente sazonada, me dejaba probar a mí también y me preguntaba qué me parecía. No porque necesitara en realidad mi opinión... sino simplemente para que yo tomara parte en todo” (25).

El primer rastro de pertenencia en Annie está marcado por su madre. Annie hija, como semilla, recibe de su madre –y su madre entonces como la tierra– una noción de su nacimiento y crecimiento así como de algunas costumbres de la isla, que se convierten en una relación con su memoria y conciencia, una memoria que la conecta con su contexto geográfico, con el sitio del que viene. Esta conciencia de relación (madre-hija-tierra-memoria) al ser conciencia de memoria es conciencia de historia, y al ser conciencia de historia lo es también de una historia de colonización; una madre y una tierra asociadas con ese modelo colonizador será lo que Annie, cuando crece –como lo veremos más adelante– empezará a cuestionar, llegando a buscarse incluso fuera de él. Que Annie hija tomara parte en el rito de cocinar va más allá de la lección de “las labores femeninas”, es el paso del conocimiento a la siguiente generación: de las hierbas y costumbres que son parte importante de la tradición y del ser mujer en Antigua.

Esta primera parte de la vida de Annie nos hace pensar en tres problemáticas que desarrollaré: por un lado, y como lo mencionamos al principio, en la formulación de que *Annie John* más que novela de formación es novela de deformación; en segundo lugar, la prevalencia que da a su madre como una sobrevaloración de lo femenino respecto a lo masculino que replantea las relaciones y lugares de poder y, en tercer lugar, el mimetismo de Annie niña con Annie madre como un mimetismo simbólico dado en dos estados: el primero de unificación indesligable

de esa figura representativa y el segundo, de rechazo a esa figura representativa que luego es vista también como colonizadora (en primera instancia del ser de la niña, pero de ahí extrapolable simbólicamente al terreno político).

Novela de deformación

Entendemos que las novelas de formación o *Bildungsroman* refieren el aprendizaje y formación de un personaje desde que nace hasta que muere, enfatizando en su desarrollo físico, moral y social. Si bien en la novela asistimos a la experiencia de vida de Annie, desde los cuatro años hasta los diecisiete, su experiencia está demarcada por los choques y fisuras; su desarrollo físico, moral y social (como lo iremos viendo) se construye en contravía, en tanto más que en relación a su entorno, personalidad, mentalidad y la aceptación de su corporalidad se dan en disociación de su entorno e incluso de ella misma. Esta idea de que *Annie John* es una novela de deformación es tratada, desde otra perspectiva, en el artículo “Romantic Struggles: The Bildungsroman and Mother-Daughter Bonding in Jamaica Kincaid’s *Annie John*”, de Louis Caton, quien analiza que la interpretación tradicional del *Bildungsroman* se adscribe a lo masculino, blanco y europeo, y “por tanto, percibe la historia solo de la transformación del niño en hombre, no de la niña en mujer” (Caton, 126).

Entonces, pensamos que *Annie John* retoma la estructura del *Bildungsroman* como una crítica, pues replantea una estructura tradicional para confrontar la Historia y también la Historia masculina porque no es utilizada para contar la historia de un hombre blanco en crecimiento armonioso con su contexto (que de acuerdo a lo que dice Caton sería Europa) sino porque si por un lado cuenta una historia que problematiza el acontecimiento de la colonización por el otro, dicha problematización la hace desde la narración de una historia íntima: la de Annie, quien a medida que va creciendo se choca con las estructuras familiares, educativas, culturales de la Antigua en la que nació (que si bien no es Europa sí es colonia europea).

Annie nombra

La imagen de la madre es sobrevalorada por Annie con relación a la del padre, a quien ve tan triste y por quererlo tanto “deseaba tener una madre que darle” (31). Al contraponer la imagen de la madre y del padre en términos de quién tiene el poder (y recibe el cariño), de quién prima e importa sobre quién, se invierten las categorías de lo masculino y lo femenino; sobrevalorado lo femenino, se genera un cuestionamiento al orden impuesto por la sociedad patriarcal y se recobran categorías identitarias y territoriales. Se replantea lo femenino, que

no se define como segundo o subordinado al hombre, y cobra mayor sentido con relación a la tierra porque prevalece una categoría territorial, en tanto que hay un sentido de pertenencia más fuerte sobre la tierra (un espacio que no solo es el físico sino que es el espacio de lo femenino) y que delimita, crea y nombra sus fronteras.

Lo territorial puede leerse no solo desde el saber cultural y el paso de ese conocimiento de la madre a la hija sino también desde el deseo de Annie de darle una madre a su padre, pues revierte el principio fundacional y de colonización viril que se desacomoda porque se invierten los sitios ocupados, pero también porque se invierte el poder de nombrar asignado a los hombres; Annie, una niña negra, no solo reposiciona los lugares para el padre y la madre, sino que también es la que nombra o siente deseos de nombrar una madre para el padre revirtiendo así el Topo-lugar, concepto que utiliza Cristina Molina (143, 2003) para referir al patriarcado como una suerte de Topo-lugar porque agencia el poder para nombrar, representar, asignar lugares y funciones. Así, el varón como androcentrismo de cualquier lugar y cualquier deseo es asociado, o confundido, con el Topo-poder (que sería su primer análogo). Lo mismo que el dios bíblico, el varón crea el mundo por un acto de su deseo separando (o excluyendo) la luz de las tinieblas (el ser del no ser, lo positivo de lo negativo), diferenciando (valorando) y colocando las cosas en *su sitio*. Por un *fiat* de su deseo, él señala los espacios de las mujeres y constituye “lo femenino” (o en el caso de Dios, a las criaturas), permitiéndose él (o Él) quedarse en todas partes o en las más valoradas, a las que nombra los espacios de “lo masculino” (Molina, 125).

Así, Annie-niña destrona del todo-lugar y también del todo-poder al hombre, al dar posiciones y nombramientos de acuerdo a sus necesidades y modelos de organización. Sin embargo, esta restitución de lugares y posiciones no se da como un juego de cambio de roles impuesto por una necesidad de tomar el poder masculino, sino que esta inversión parece ser más bien, como algo más natural, una consecuencia de la percepción de un mundo en clave femenina.

Desidentificación

El arraigo de pertenencia a la madre como a la isla, luego también al mundo, configuran un mecanismo de conocimiento que se traduce en la responsabilidad femenina, una acción que desplaza la acción de las labores femeninas (labores caseras) al compromiso de enlazar conocimiento cultural. Sin embargo, veremos que el desarrollo de la relación madre-hija fragmentará en dos la vida de Annie; dos momentos, mimetismo de la madre y rechazo de la madre, que demarcarán la construcción de la experiencia-identidad de Annie. En el artículo de Caton se

analiza esta relación madre-hija desde los no-límites corporales: “Annie seems not to know where her body begins and her mother’s ends [...]. The daughter grows into the mother until she becomes her; submerged within Annie is the semiotic shadow ‘body’ of her mother” (128). Caton pone en paralelo el crecimiento de Annie en alianza con su madre, con los referentes de la naturaleza; propone las referencias de Annie niña sobre el paisaje como referencias míticas y sostiene que por la descripción de los frutos, olores y demás, son construcción de un mundo paradisiaco. Esta lectura del crecimiento de Annie en relación al paisaje la lleva a proponer un carácter romántico en la novela de Kincaid.

Creo que ese análisis que hace Caton reafirma la postura cultural y política eurocentrista e imperialista, en primer lugar, porque la percepción que se describe del paisaje es la misma que la de los colonizadores (que exotizan el paisaje) y en segundo lugar, porque su asociación con el romanticismo (en tanto relación con un paisaje que es interior del personaje y que además es mitificado) se inscribe a la teoría literaria eurocentrista, herramienta de la que sería contradictorio agarrarnos para adentrarnos en la postura descentrada que propone Kincaid.

El crecimiento de Annie sin límites con relación a su madre y en asociación a un paisaje “paraíso” (en el sentido de que Annie tiene con él una relación armoniosa y sin cuestionamientos) da un giro en un segundo momento en el que la relación con la madre, y con el mismo paisaje, pasa a una total fragmentación y distanciamiento. En esta fase, aparece la metáfora del cambio de vestido como cambio de piel, como lo iremos viendo cuando Annie empieza a construir su propia identidad y a repensarse lejos de todo modelo colonizador (que es lo que representaría su madre y su entorno, igualmente moldeados desde el patrón inglés).

Cambio de vestido: rastreando la propia identidad

Al cumplir los doce años, Annie ve en el espejo una transformación de su cuerpo y de su ser: ve a un alguien distante e irreconocible, que es también des-reconocido por la madre. Annie empieza a crecer y en su proceso aparecen los constantes desencuentros con ella, con su madre y con la isla en la que vive. La experiencia individual empieza a ser cuestionada en la medida en que se piensa con relación a su entorno. Este choque se puede leer desde el intelectual antillano Édouard Glissant quien, en *El discurso antillano*, explica que la Historia reflexionada-reflejada, “hoy regresa a las plenas obscuridades de la vivencia” (182). Desde el momento en que Annie empieza a chocar con su madre, que es también el choque con su entorno inmediato, y por lo dicho anteriormente entonces sería lo que representaría su Historia Oficial, siente la angustia que es la que la llevará a desvincularse de su Historia Oficial-madre para construir su

propia historia, íntima y, por qué no decirlo, local. La escena más clara de esta desidentificación es la siguiente:

Hasta entonces, mi madre y yo nos habíamos hecho muchos vestidos de la misma tela... Un día mi madre y yo habíamos salido a comprar el material con que hacernos vestidos nuevos para su cumpleaños cuando de pronto vi una tela [...] Inmediatamente dije lo mucho que me gustaba aquella tela y lo mucho que en mi opinión luciría sobre nosotras, pero mi madre replicó: –Nada de eso. Ya estás demasiado grandecita. Es tiempo de que lleves tu propia ropa. No puedes seguir el resto de tu vida pareciendo una copia mía en pequeño. No sería exagerado decir que me sentí como si me faltara el suelo en los pies [...] Al final, yo tuve mi vestido con los hombres tocando el piano y madre uno con enormes flores [...] pero nunca pude ponerme el mío ni ver a mi madre en el suyo sin sentir amargura y odio, dirigidos no tanto a mi madre, supongo, como a la vida en general. (32-33)

El vestido se hace símbolo no solo de la pubertad sino también de lo que se quita y se pone, de lo que cubre al ser mismo. La madre, con una tela diferente a la de su hija, se convierte en una figura distante y lejana con la que la hija ya no se identifica. Madre-vestido es una metáfora de la mala copia y luego del desarraigo identitario y de la propia tierra que enajena, porque si la tierra es asociada a la madre, ella como modelo colonizador está negando no solo la posibilidad de identificación sino de diferenciarse porque no son iguales; este diferenciarse es un gesto de rechazo y distanciamiento entre el mayor y el menor, la metrópoli y la colonia, civilizada y atrasada, madre e hija. Asumiéndose, u obligada a asumirse, como un ser independiente y diferente de su madre, Annie cambia la forma de saberse: como ser individual, deja de ser un apéndice de algo y de alguien, además, desligarse impone una condición de distancia que imputa ser expectante sobre lo que pasa afuera y de cómo eso de afuera la afecta o no.

Como parte de esta crisis, con el cambio de vestido porque es ya una “jóvenita”, Annie entra a una reeducación en la que “los buenos modales” y el piano se hacen trasfondo de maneras de ser para “saber saludar y tratar a las personas importantes de este mundo” (34). Su poca permanencia en estas escuelas del buen deber ser para el mundo se revela como un rechazo y burla a la falsa erudición; también es símbolo de su rompimiento con lo impuesto, la idea de ser civilizado, los modelos colonizadores y la Historia Oficial, como se irá viendo en adelante. Su “nueva condición” implica un nuevo colegio con educación en latín, francés y Biblia, junto con la “esperanza de que allí todo el mundo sea también nuevo y de que no hubiera nadie conocido” (36).

Colón encadenado: descolonizando lo colonizado

En el colegio, Annie conoce a Gwen y a la “niña de fuego”, como la llama. Con la primera tiene una identificación de pensamiento-inteligencia y con la niña de fuego Annie se deleita por un modo de ser más libre, ya que los patrones del deber ser están por fuera de su vida: “Se bañaba solo una vez a la semana [...] No le gustaba bañarse, y su madre no la obligaba. Por idéntico motivo, no cambiaba de vestido más que una vez a la semana [...]. No le gustaba peinarse, por más que el primer día de clase pudieran haberla rechazado por eso. No le gustaba asistir a la escuela dominical, y su madre no la obligaba [...]” (61-62). La niña de fuego emerge como un contra discurso. La relación de ésta con su madre es opuesta a la de Annie con la suya porque la madre de Annie representaría una madre que encaja con los patrones colonizadores o, dicho de otro modo, que está colonizada y se comporta como un colonizador al ejercer su poder e imponer sus normas de civilidad. La niña de fuego puede verse como un contra discurso porque no vive de acuerdo a los cánones establecidos por una sociedad colonizada que pretende, por patrones repetidos, colonizar/uniformar/adoctrinar. No bañarse, ni peinarse, no cambiarse de vestido, ni querer ir a la escuela dominical permean no solo una resistencia sino una necesidad de construir lo propio y pronunciarse desde allí; así, lo propio sería algo que en medio de tanto calco no se identifique con los modelos impuestos por el Imperio, que marque una huella de autenticidad y que podría ser entonces el olor, el vestido y la ideología, en tanto que el rechazo a la escuela dominical es señal de que se empieza a construir un carácter crítico. La niña de fuego inspira en Annie la fascinación por descubrir la libertad y lo auténtico. Ese sentido de libertad la avoca a descubrir sus gustos, sus cosas más íntimas que convierte en tesoros y guarda debajo de la casa familiar. Annie también recrea un espacio de resistencia: hace “casa” propia, una casa subterránea debajo de la casa oficial familiar.

En el colegio, pese a la gente nueva, Annie se sabe situada fuera del ámbito de sus compañeras; sabe que el suyo es un pensamiento “opuesto al retozón y lo contrario a lo imaginativo” (46), manifestación, por ejemplo, en la que a diferencia de sus compañeras cuando leen sus autobiografías, no busca nexos con familiares provenientes de Europa o Estados Unidos; al contrario, la autobiografía de Annie recrea literariamente la relación con la madre, relación en la que el juego y el amor del primer momento son fraccionados por la angustia de un segundo momento en el que se percibe, en sueños, lejos de ella. El contexto de la autobiografía de Annie no está por fuera, sino que es un contexto al que ella misma pertenece: su madre, su tierra, su isla, Antigua. Este pensamiento descentralizador se trasluce también cuando Annie ve sobre el escritorio de su profesora Nelson

el libro *La tempestad*. La presencia de esta obra evoca el triángulo que presenta Shakespeare: Próspero, Ariel y Calibán, tres formas de ser y de relaciones de poder; triángulo que además es retomado en diferentes contextos y lugares para repensar la realidad política o colonial y racializada de algunos pueblos (Renan en Europa, Rodó en Latinoamérica –con una contestación a éste de Fernández Retamar en Cuba– y Césaire en las Antillas para asumir las relaciones desde la Negritud).

Lo que acá llama la atención es la presencia de esta obra en nuestra novela, pues Antigua –isla de las Antillas menores– es precisamente una tierra que encaja en los modelos de tierras dominadas por Prósperos. La mención de *La tempestad* no es ingenua, no solo porque propicia la inversión de una lectura canónica de las relaciones entre países colonizados y colonizadores sino porque en la novela se reinterpretará *La tempestad* desde lo femenino: Calibán rebelado/revelado y en busca de su descolonización no asociada al pueblo, la raza o la clase proletaria, sino a una mujer negra de Antigua. Y esta asociación, este Calibán femenino porque debate y es crítico con el colonizador, encadena a su Próspero porque es consciente de los mecanismos que ha utilizado para esclavizarlo (empezando por la lengua y la educación que le ha dado); se rebela, desobedece sus órdenes, pone a tambalear las categorías y nombramientos falsos utilizados por éste para denigrarlo y mantenerlo bajo dominio y, sobre todo, hace dudar a Próspero de sus poderes cuestionando así la validez de su dominio y régimen.

Esta asociación es más explícita cuando Annie cuenta que la señorita Edward, con quien estudiaban *A History of the West Indies*, le reprocha como un acto de rebeldía y falta de respeto el haber escrito bajo la imagen de un Colón encadenado, en su libro de clase, la frase “El gran hombre ya no puede levantarse e irse cuando le dé la gana” (81). La Señorita Edward, su profesora de historia, es la misma que tenía por costumbre cada viernes poner en la cabeza de la niña que no hubiera aprendido lo de la semana una corona con el letrero que decía: *Torpe*. Se evidencia no solo que lo estudiado es una aprehensión del imaginario de los países colonizadores, pues es sabido que los manuales de historia para el Caribe eran trasplantes de los manuales usados en Europa en una lengua colonizadora (inglés no creole), y que en ellos la teleología de la Historia no daba lugar al negro como inicio, centro o participante de la historia, sino que también quien no logra asimilar esa Historia es llamado *Torpe*. Se ironiza, con sutil crueldad, la Educación; esa con E mayúscula, la impuesta por la metrópoli y que afirma sus paradigmas de dominio y expropiación cultural, esa Educación que busca la asimilación de algo impuesto y reconocido como superior, culto, universal y oficial.

Hay otra deconstrucción del discurso establecido cuando Annie revierte el punto de vista sobre la torpeza de su compañera Ruth –de descendencia europea– y desnaturaliza las categorizaciones de esclavos y amos:

Quizá no tenía deseo alguno de estar en las Indias Occidentales. Quizá quería estar en Inglaterra, donde nadie le recordase constantemente las cosas terribles que habían hecho sus antepasados; tal vez se había sentido peor cuando su padre había sido misionero en África. Mirándole el rostro, yo sabía cómo se sentía Ruth. Sus antepasados habían sido los amos, mientras que los nuestros habían sido los esclavos. Ella tenía tantísimo de que avergonzarse y estando diariamente con nosotras era inevitable que lo tuviera siempre presente [...] *Desde luego que a veces a nosotras, entre lo que nos decían los profesores y los libros, nos resultaba difícil saber a qué lado pertenecíamos ahora, pues todo era historia, todo era pasado, y hoy en día todo el mundo se comportaba de otra manera [...] Pero nosotros, los descendientes de los esclavos, sabíamos perfectamente lo que había ocurrido en realidad [...]* (78-79, énfasis mío)

Al contrario de quienes intentan perpetuar la grandeza de los colonizadores, institucionalizando sus doctrinas y su lengua, Annie los desvirtúa al notificar “las cosas terribles que habían hecho”. No solo se sienta un patrón de clase social, económica y de raza al hablar de amos y esclavos sino también religioso, pues cuestiona directamente el papel de los misioneros en África: discursos que proclaman hacer misión y que en realidad son pretextos para adoctrinar y desde allí poder dominar y adueñarse de mano de obra, tierras y cultura: los subterfugios de la misión civilizadora. Annie da un sentido de vigencia a la problemática de la colonización al hablar de la ambigüedad de no saber ahora de qué bando se juega; lo que dicen los profesores, lo que dicen los libros y lo que saben quienes son hijos de los esclavos produce el contraste entre la Historia Oficial y la historia chica, desdibujada por esa Historia Oficial.

Paralelo a la universalidad proclamada por la Historia legitimadora, en esta novela aflora la memoria de una realidad que se busca desde la raza; también se reconoce una historia de esclavitud, adoctrinamientos, expropiaciones y una historia que al reivindicar las raíces negras reivindica un color de piel que, como dice Benítez Rojo en *La isla que se repite*, “es un color no institucionalizado, no legitimado por la estirpe; un color en conflicto consigo mismo y con los demás [...] un color que no es el del Yo ni tampoco el del Otro, sino una suerte de tierra de nadie donde se lleva a cabo la batalla permanente por la fragmentada identidad del Ser caribeño” (220).

Madre: Madre Patria: Des-reconocimientos

Esa fragmentada identidad del ser caribeño es palpable cuando, a los quince años, Annie ve en su madre al ser que más odia pero también al que más ama y su amiga Gwen, la inteligente y pulcra que era totalmente opuesta a la niña de fuego, se convierte en algo extraño y distante. Su propio cuerpo, el de Annie, le parece desdibujado, irreconocible y abrumador, y su imagen la compara con la de Satán, imagen del cuadro *El joven Lucifer*, en el que éste es expulsado del cielo: su piel tosca, su cabellera como serpientes vivas y con una sensación desolada y desgraciada. Annie ve de ella misma una imagen satanizada, que se puede interpretar como el situarse por fuera del contexto al que siente no pertenecer y por eso su sensación de desgracia y desolación. Annie satanizada quizás es la metáfora de la Annie que, como Lucifer expulsado del cielo, queda por fuera de un mundo “perfecto” al que ya no se adhiere, ya no quiere pertenecer.

La repulsión por su madre, y al mismo tiempo su amor por ella, es similar a la relación que tiene con su isla; así, la madre no solo viene a ser una representación de los modelos colonizadores (es quien le enseña la lengua, una identidad femenina...) sino que en mayor escala es la representación o asociación de la misma isla, no como el elemento natural tierra sino como territorio apropiado-expropiado: Madre: Madre Patria. De la misma manera, la necesidad de conocer gente nueva y el rechazo que tiene hacia su amiga Gwen son la materialización de un choque y rechazo por las mentalidades de los habitantes de la isla que terminaron moldeándose, por fuertes mecanismos ideológicos utilizados por la colonización, a un sistema regido por el Imperio inglés; un rechazo al conformismo con los modelos de vida, de comportamiento y de pensamiento impuestos, que no solo permean la legitimación del poder imperialista sino la legitimación de sus condiciones como gente colonizada. Así, la visión de Annie satanizada, que es una visión que viene de ella misma, es la representación –como Lucifer desobediente– de su propia expulsión porque desobedece a esos modelos: es su grito y su resistencia a la perpetuación de los poderes y sistemas colonizadores e imperialistas.

Identidad-es: huella

Annie rastrea la “*huella*”³, busca en su memoria y crea un nuevo enfoque de su realidad, que es también la realidad colectiva de su cultura. Este rastreo de

3 Édouard Glissant en *Tratado de Todo-mundo* dice “Intuimos que vamos siguiendo una huella” (22) y que esa huella “se adhiere, por oposición, a la idea de sistema, igual que una erranza que orienta [...] es la huella lo que a todos nos coloca, vengamos de donde vengamos, en Relación” (22).

Annie, que se convierte en su lugar de enunciación, nos hace pensar en el *pensamiento rastro* del que habla Glissant en *Tratado del Todo-mundo: un pensamiento rastro* que se opone al *pensamiento sistema*, en tanto que hay la *huella* de una lengua, de creencias, artes, raza de la que se procede; la huella como una marca que se manifiesta en la experiencia individual. Ninguna identidad, de acuerdo a Glissant, es única ni universal, por eso no se puede hablar de una *identidad única-Universal* sino más bien de identidades rizomas. Desde la experiencia individual, sin embargo, la huella se hace susurro que se encuentra con susurros comunes y se convierten, ahí sí, en la experiencia colectiva. Mientras que el pensamiento de sistema imprime e impone nociones del ser cimentadas en una única identidad, presuntamente universal, el pensamiento rizomático se ejerce desde la memoria y la creación: permite un nuevo enfoque de la humanidad desde la diversidad.

En la adolescencia, Annie enferma mientras sobreviene el tiempo de larga lluvia. Los cuidados de sus padres, las alucinaciones y los rezos de Mama Obeah se entrecruzan. Este tiempo se hace símbolo de enfermedad y limpieza, y en él la presencia de su pasado africano constituye un trasfondo de su manera de ser y de estar, una marca y una *huella* de su historia íntima. Sus creencias y educación se hacen dicotomía de culturas en la que las dos historias, la oficial y la chiquita, o la oficial y la que mezcla su ser individual con una memoria de vivencias ancestrales, se entrecruzan; la una en la otra y la otra en la una se hacen amalgama identitaria y una cultura amalgamada de diferentes razas, lenguas y lugares se vive en la diversidad.

Cuando Annie y el tiempo se recuperan, siente la necesidad de escapar-se del mundo en el que ha nacido. El tiempo de lluvia parece ser, entonces, un tiempo de encuentro y desencuentro con su propia historia; desencuentro con su historia Oficial que le obliga a seguir buscando su propia historia íntima: la de ella, como mujer negra de Antigua que quizás se construya desde los posibles puentes que tejan relaciones entre el contexto interior al que pertenece y el que desconoce pero pretende conocer; es decir, una historia local a partir de Antigua pero también de lo que está afuera de la isla: la metrópoli. Así, una mañana, cuando ya ha cumplido los diecisiete años, recorre por última vez los senderos de su isla: Antigua.

Mi madre y mi padre... Los abandonaba para siempre. Mi hogar en la isla [...] Lo abandonaba para siempre [...] Las palabras “no volveré a ver esto” me apuñalaron [...] Existían sonidos y olores a los que, por resultarme tan familiares, hacía mucho que yo había dejado de prestar la menor atención. Pero ahora aparecían [...] Estaba el sonido de la gaviota que se zambullía en el agua

[...] *estaba el olor del mar...Había botes llenos de pescadores que retornaban temprano. Estaba el sonido de sus voces saludándose a gritos. Estaba el caliente sol, el mar azul, el cielo azul.* (142-143, énfasis mío)

En el trayecto de la casa al puerto, Annie recorre con sus ojos un paisaje que le parece nuevamente reconocible quizás porque es la manera en la que revisita su historia, un paisaje que sentía como ausente pero que, como su interior mismo, se aferrará a la raíz de su identidad rizoma. En la orilla, quedan la madre y la isla; más allá del mar va Annie; en el medio, una memoria de historia, y el mar: símbolo de entrada y salida, de conexión y contacto, pero también de ruptura y separación. Annie en el mar como símbolo de una historia que conecta con un pasado y un presente: pues es el mismo mar que la lleva lejos de casa, de su isla y el que recibió y trajo en barcos negreros a los antepasados africanos asentados en las Antillas. Las olas, como primera imagen del mar, se hacen metáfora del vaivén interior que busca el rastro de una memoria que viene de siglos pero por el que se embarca a continuar la búsqueda de su historia personal.

Es solo hasta el final que se hace evidente, en medio de su mirada serena, un dolor por la separación; la tranquilidad por los lazos que se romperán se empieza a quebrantar solo en el momento de su último recorrido por la isla, antes de partir para Inglaterra; así, podríamos suponer que una vez en Inglaterra hará el mismo proceso de deconstrucción de los lazos, pasando por las mismas angustias y demás procesos que hizo con la madre. Esto sería una experiencia común de muchos que se van a la metrópoli y descubren allí que no se les ve como hijos, como ciudadanos, sino como inferiores, así crecen y se vuelven críticos de la colonia en ese dolor. Esta condición de reflexión y análisis desde la diáspora se suma a que la novela de Kincaid se engrane como una novela contra discurso porque bordea las problemáticas más importantes de los estudios culturales y poscoloniales, incluso impartiendo de la condición de ella como mujer escritora antillana que produce desde una metrópoli (Nueva York) pero que desde allí cuestiona, deconstruye y reelabora las relaciones entre el Imperio y la colonia, la metrópoli y la periferia, Europa y Antigua, lo masculino y lo femenino negro, reposicionando una cartografía de Antigua en el siglo XX y dando voz y cuerpo a historias y pensamiento que se propone como no subordinado, pensamiento que se cuenta desde la literatura y desde la periferia, desde Antigua, desde Annie John.

Obras citadas

- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998.
- Bill Ashcroft, Gareth Griffiths y Helen Tiffin (eds.). *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*. Londres: Routledge, 1982, 193-217.
- Caton, Louis F. "Romantic Struggles: The *Bildungsroman* and Mother-Daughter Bonding in Jamaica Kincaid's *Annie John*". *MELUS* 3.21. (1996), 125-142.
- Glissant, Édouard. *Tratado del Todo-Mundo*. María Teresa Gallego (tr.). Barcelona: Ediciones El Cobre, 2006.
- *El discurso antillano*. Aura Boadas (tr.). Caracas: Monte Ávila, 2005.
- *Introducción a una poética de lo diverso*. Luis Cayo (tr.). Barcelona: Editorial Del Bronce, 2002.
- Kincaid, Jamaica. *Annie John*. Héctor Silva (tr.). Madrid: Alfaguara, 1988.
- Molina, Cristina. "Género y poder desde su metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado". En: Silvia Tubert (ed.). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra, 2003, 123-159.